





cansancio y para cansar la acción del enemigo. Estad seguro que vuestra demanda será escuchada por el Gobierno de la República y por todos los Gobiernos asociados.

"Vuestros magníficos ejércitos son dignos de su jefe. Francia y los países aliados permanecerán dignos de sus ejércitos. Queremos vencer. Venceremos."

El ascenso fue bien recibido por las tropas y por los Gobiernos aliados. Comentando estos asuntos el crítico militar de *El Imparcial* de Madrid, se expresa así:

"Al fin surgió de la guerra el hombre, el general; es decir, se había precedido por sus obras, por sus escritos, por sus lecciones en la cátedra de la Escuela de Guerra. Confirmó aquellas excepcionales aptitudes en la primera batalla del Marne y luego en el resto de la campaña, dondequiera que ejerció mando; pero en Francia los soldados que escriben no disfrutaron nunca de grandes simpatías; escribir honradamente es poner de manifiesto la verdad, y la verdad suele ser tan amarga!

"Las operaciones tantas veces desgraciadas, de los franceses, han hecho el milagro de la justicia. Foch se encargó del mando en jefe de los ejércitos aliados en las circunstancias más críticas de la guerra, en el curso de una gigantesca batalla perdida. Después; y mientras daba a sus ejércitos la norma de futuras operaciones, mientras les imprimía el sello personal y característico de su fe en la ofensiva, hubo de sujetarse a un papel pasivo, que todos los críticos militares no beligerantes atribuimos a impotencia de los medios, no a renuncia de ideales. 'Si Foch no ataca es porque no puede'. Esta era la opinión más generalizada, y con ella se deducía la consecuencia de que el poder militar de los aliados estaba a punto de agotarse.

"Foch ha perfeccionado sus elementos de combate; la gravedad de la situación y sus omnímodos poderes le han permitido colocar al frente de los ejércitos de tropas mixtas Estados Mayores franceses. La penuria de Estados Mayores en los ejércitos ingleses y americanos ha sido un defecto en el valor militar de estas tropas, espléndidas de bravura y de entusiasmo, pero carentes en dirección técnica: los ingleses porque su ejército profesional halló gloriosa tumba en el transcurso de la guerra y los americanos porque todo puede improvisarse menos el alto mando y el Estado Mayor.

"En estas condiciones de normalización orgánica, Foch estableció sus reservas estratégicas de modo que a los pocos días de la ofensiva germánica la masa flanqueante mandada por Mangin estaba presta al contraataque; la maniobra fue sencilla: Gouraud era el punto de apoyo de la palanca, y resistió a pie firme en Reims, sin retroceder un metro. Mangin acometió por sorpresa, pero a fondo. El resultado no se hizo esperar: la línea germánica, como un fleje entre dos picotes, comenzó a flexionarse, tan diestra y valerosamente, que el terreno era cedido palmo a palmo.

"Iban los ejércitos pegados el uno al otro, siempre en contacto. Foch—loado sea su instinto militar—recogió los fusiles a su caballería, hizo llevar desde los establos de retaguardia los caballos, ociosos desde tanto tiempo, entregó a los jinetes la legendaria lanza, y allá fueron los escuadrones para mantener en jaque noche y día a los heroicos destacamentos alemanes protectores de la retirada.

"Nuestro presentimiento se realiza; los aliados no se contentaron con determinar el repliegue alemán; la persistencia de Foch es lo que produce su ventajosa situación; han continuado siguiendo los talones de las tropas

germánicas y han efectuado la presión, no a salga lo que saliere, sino subordinándola siempre a planes inteligentes y adecuados a cada momento.

"Así ha caído Soissons, no por embestida sangrienta, no por choque, sino en virtud de la maniobra que, rebasando las formidables posiciones del río Crise, hacía difícil la defensa de la ciudad. Con Soissons cae también la imaginaria línea del Vesle y queda amenazada la del Aisne; Soissons ha sido evacuado por los alemanes en cuanto los aliados se apoderaron de Grand Rozoy y de las alturas de Hartennes; al golpear el fleje de acero de la línea alemana, el extremo que estaba sujeto a Soissons ha hecho saltar el perno donde se apoyaba; la vibración no es solo un fenómeno físico aplicable a la materia, es también el fundamento de la estrategia, es la doctrina que legaron los grandes capitanes en sus campañas clásicas; es, en fin, el más rotundo mentís a la teoría del triunfo por la destrucción material de los ejércitos.

"La toma de Soissons habría costado a los franceses centenares de miles de hombres. Toda esa sangre la debe Francia a la inteligencia de Foch.....

"Comparando las ofensivas alemanas con la que están realizando los aliados hallaremos que aquéllas fueron rápidas, fulminantes, arrolladoras; pero llegaron a un punto en que, como el sonido del clarín, hicieron alto en firme. Si hubiesen proseguido, es indudable que la línea invasora estaría hoy mucho más adentro de Francia.

"La ofensiva de Foch no es el empuje ciego, no es la acometida del toro; es un constante batallar allí donde puede influir en la posición del adversario, la gota de agua horadando la peña. Si Foch tiene elementos para continuar sin un solo día de reposo, sin una sola noche de descanso, el resultado será triunfal."

Y así ha sucedido: cayeron San Quintín, Cambrai, Ostende, Lille, Zebruge, Gante, Brujas, Valenciennes, Maubeuge, Sisson, Rethel, Vouziers, Beaumont, Mezieres y Sedán. Foch maniobró de tal manera que al ejército alemán que estaba en Francia no le quedaba otra alternativa sino rendirse o quedar aniquilado, pues estaba casi cercado, sin viveres y con la moral quebrantada. Previendo Alemania el desastre y la ruina que se le venía encima con la invasión de su territorio, resolvió terminar la guerra, sometiendo a todas las condiciones que le fueran impuestas. Lo demuestra el hecho de las primeras palabras dichas por los plenipotenciarios alemanes a Foch:—"Mariscal, el ejército de Alemania se encuentra a merced vuestra. Nuestras reservas de hombres y de municiones están completamente agotadas, por lo cual nos es imposible continuar la guerra."

La entrevista tuvo lugar en un vagón de ferrocarril.

Maías Erzberger, jefe de la delegación alemana, le preguntó en francés cuales eran las condiciones que imponían los aliados para el armisticio.

—Las siguientes, contestó Foch, y se puso personalmente a leerlas.

Terminada la lectura pidió Erzberger que se suspendieran las hostilidades en interés de la humanidad, lo cual rehusó Foch, y no se suspendieron sino cuando Alemania aceptó las condiciones impuestas.

Foch, que frisa en los sesenta y siete años de edad, tiene cinco pies seis pulgadas de alto y pesa ciento sesenta y cinco libras. Posee ojos grises, situados en hundidas cuencas; frente espaciosa, surcada por dos arrugas en el entrecejo; nariz bien pronunciada y

bigotes grises salpicados de canas.

"Todas sus facciones—dice el Comandante Requin—son bien definidas. Su rostro refleja la meditación y la acción, el pensamiento grave y la voluntad tenaz.

"Sus palabras son concisas y siempre fijan muy claramente las ideas con la exactitud de su uso; generalmente las acompaña de un gesto que completa la frase, bien para desarrollarla o para compendiarla. Trabaja constantemente, ya pensando, ya discutiendo con un número muy limitado de oficiales en los que ha depositado toda su confianza; y anota en un pequeño libro, que siempre tiene a mano, cada una de las ideas que debe ser recordada; su escritura es tan clara como su pensamiento."

Tiene una memoria prodigiosa, como lo prueba el siguiente hecho que hemos leído en la prensa parisiense.

Habiendo sido agregado al cuartel general de Foch un nuevo oficial, éste al presentarse a su nuevo jefe le dijo tímidamente: General, por vez primera lo vi a usted en el banquete que en 1905 dió Mr. Barthou.

—Sí, contestó Foch, recuerdo muy bien que usted se encontraba entre madama Berthelot y el capitán Humbert.

A veces está de buen humor y le gusta conversar con los adjuntos militares. Habiéndole preguntado uno de estos en cierta ocasión porqué habían sido hecho tan pocos prisioneros en la batalla del Iser, contestó: "Creo que los alemanes no tuvieron oportunidad para rendirse, pues nuestras ametralladoras y bayonetas no les dieron tiempo."

En Agosto de este año le decía sonriéndose a un oficial americano:—Para vencer a los alemanes tengo forzosamente que verme en la necesidad de sacrificar hombres. ¿No fue vuestro general Grant el que creía que las batallas no podían ganarse sin el sacrificio de hombres?

—Es una verdad indiscutible. Para poder ganar tiene usted que sacrificar hombres, contestó el oficial.

—No me ha comprendido usted bien—replicó inmediatamente Foch, parpadeándole los ojos—a los alemanes es a quienes yo sacrifico.

Es hombre de creencias religiosas bien arraigadas; reza diariamente tanto al acostarse como al levantarse de la cama y oye misa todos los domingos.

El mes de Septiembre del año en curso dedicaron un día especial los niños católicos ingleses para comulgar en honor de Foch e impetrar de Dios que le diera el triunfo; lo mismo hicieron al mes siguiente los niños católicos americanos. Las directivas de unos y otros le participaron por cable esta buena nueva al agraciado, quien contestó dando las gracias y pidiendo que no cesaran de dirigirle siempre oraciones al Altísimo.

El soldado francés le tiene tal respeto a Foch que lo designa con un nombre típico: *Le Patron* (el patrón).

Es miembro de la Academia de Ciencias y acaba en estos días de ser nombrado miembro de la Academia francesa.

Tal es a grandes rasgos la vida del glorioso soldado que ha lavado la mancha de Sedán y hecho reintegrar a su Patria las dos provincias que le fueron arrebatadas en 1871.

E. J. A.

Noviembre: 1918.

#### NECESITAN AGENTES

Se necesitan agentes para hacer mucho dinero. Una compañía de Nueva York, con excelentes referencias bancarias y mercantiles, necesita agentes en todas las ciudades para vender impermeables hechos a la medida. Los más bajos precios. Faciles de vender. Se garantiza que darán satisfacción o se devolverá el dinero.

STANDARD RAINCOAT  
Broadway, Dept. 34 New York, N. Y.

## Recuerdos Inéditos del Año Terrible

(después de Sedán)

Por fin se había terminado la larga batalla de doce horas. El círculo de hierro y de fuego de los alemanes se había concentrado en derredor del desgraciado ejército francés, cuyas restos dispersos se ocultaban tras las vestustas murallas de Sedán. El General Reille, que había salido de la ciudad, pudo llegar a caballo a la colina donde se encontraba el Rey Guillermo con todo su Estado Mayor. Su misión era la de entregar al monarca alemán la lacónica carta (1) por la cual el Emperador se declaraba prisionero del vencedor, y volver a Sedán con la aceptación del Rey, quien exigía al mismo tiempo que nombrase un oficial para tratar con él acerca de los términos de la entrega del ejército francés. El sol comenzaba a ocultarse, cuando Guillermo se retiró con todo su cortejo de las alturas que dominan a Frenois, para regresar en coche a su cuartel general de Vendresse, en medio de las entusiasmadas aclamaciones de sus soldados victoriosos. En Sedán el desorden y la anarquía habían llegado a su colmo: los oficiales franceses se insultaban en presencia de su señor en desgracia. El General Wimpffen había renunciado el mando en un transporte de cólera y de vergüenza; se resistía tenazmente a aceptar la misión de tratar como plenipotenciario hasta que se lo suplicó encarecidamente el Emperador.

Cuando llegó la noche, sucedió al ruido atronador del día un silencio sepulcral; inmenso círculo de humo rodeaba las sombrías murallas de Sedán y el horizonte parecía inflamado por la reverberación de los vivas del ejército alemán, que circundaban toda la extensión del valle del Mosa. Doscientos mil soldados teutones se estrechaban al frente de sus enemigos batidos y dispersos. Sobre las alturas y en el valle se veían subir, rompiendo la oscuridad de la noche, las llamas de las incendiadas aldeas que se retrataban en las tranquilas aguas del caudaloso río. ¿Qué hacían entre tanto los alemanes durante esta noche que siguió a la coronación de su triunfo? ¿Estarían acaso celebrando su victoria con orgías y festines? No. De los grupos del campamento se elevaba un coro inmenso que no era el canto de la alegría escandalosa. Este canto llenaba toda la atmósfera; era el himno de Lutero, el glorioso *Ein feste Burg ist unser Gott*. Escuché esta gran orquesta marchar cantando sobre el campo de batalla tan majestuoso himno, era comprender hasta cierto punto los móviles que inspiraron tales victorias.

Muy tarde de la noche, había aún una grande afluencia de oficiales alemanes en la hostería de la plaza de Donchery. Muchas horas antes había sido desbaliada la casa de todos los viveres que en ella se encontraban, excepto el pan; pero había quedado en abundancia vino y champaña. Bismark, de uniforme y botas altas, se precipitó al comedor y muerto de hambre pidió algo de comer. En estos momentos refirió a los oficiales reunidos, cómo el Emperador de los franceses había entregado su espada al Rey, y al efecto leyó en alta voz la carta de Napoleón.

[1] La carta decía así:

Grande y buen amigo.

No habiendo podido morir en medio de mis tropas, sólo me queda entregar mi espada en manos de vuestra Majestad.

Soy de Vuestra Majestad buen hermano.

NAPOLEÓN.

Sedán, Septiembre 19 de 1870

Sin más comentarios lanzó un caluroso hurra y propuso un brindis en honor del Rey y de la Patria.

A todo esto no era posible conseguir qué comer para el canceller. Uno de los oficiales se trasladó a la cocina para cerciorarse de si se le estaba preparando alguna cosa, mas desgraciadamente la dueña del hotel manifestó que lo único que le había quedado eran unos seis huevos ya pasados; pero con nuestras provisiones pudimos juntar una mediana cena que hiciera compañía a los huevos sospechosos. Sin embargo estaba escrito que ni aun este gran hombre fuese excluido del alcance del adagio que dice: «que de la mano a la boca se pierde la sopa.» Un oficial de hulanos interceptó la cena y sólo a fuerza de inauditos trabajos pudo lograrse un *beefsteack* y una botella de champaña para Bismark.

Así refocilado, el Cancellor se dirigió al encuentro de Moltke a quien el Rey había designado para negociar la capitulación del Ejército francés.

Bien imponente fue la conferencia que tuvo lugar en la sala de la casita de Donchery. Los saludos fueron breves; Wimpffen mostró sus poderes y presentó a Moltke a los Generales Faure y Castelnau; Moltke a su turno, presentó al conde Bismark y al General Blumenthal, sentándose todos en seguida. Moltke tenía a su derecha a Blumenthal, y a Bismark a su izquierda; al frente, Wimpffen solo; detrás de él, un poco en la sombra, Faure y Castelnau y algunos otros Oficiales franceses. Moltke se sentó silencioso e impassible; después de una pausa embarazosa, Wimpffen preguntó las condiciones que quería imponer el Rey de Prusia.

—Son muy sencillas, respondió Moltke; todo el Ejército francés prisionero con armas y bagajes. Los Oficiales conservarán sus espadas, pero quedarán también prisioneros lo mismo que las tropas.

Wimpffen rechazó estas proposiciones y pidió que se permitiera al Ejército retirarse con armas, bagajes y banderas a condición de deponer las armas. Moltke se mantuvo inflexible en sus condiciones y permaneció inflexible a los ruegos del General francés. Al fin perdió éste la paciencia y dijo:

—Me es imposible aceptar las condiciones que me imponéis; voy a hacer un llamamiento al honor y al heroísmo de mi ejército y me abriré un camino o me defenderé en Sedán. La respuesta de Moltke fue perentoria:

—La salida y la defensa son igualmente imposibles. El grueso de vuestra infantería está completamente desmoralizado. Hemos tomado hoy más de veinte mil prisioneros sin herida ninguna, de manera que vuestras fuerzas no llegan ahora a más de ochenta mil hombres útiles. No podréis forzar nuestras líneas porque estáis rodeados por doscientos cuarenta mil hombres y quinientos cañones prontos a dispararse sobre Sedán; os es imposible sostener la defensa, pues no tenéis viveres sino para cuarenta y ocho horas y las municiones también se os han agotado. Si queréis, enviaré a uno de vuestros oficiales para que inspeccione nuestras posiciones y confirme la verdad de lo que yo digo.

Bismark y Wimpffen entablaron una viva discusión política en la que Moltke no tomó la palabra. Al fin viendo que no era posible obtener ninguna concesión en las condiciones, Wimpffen exclamó:

—Es completamente imposible aceptar semejante capitulación; volveremos a comenzar la batalla!

Moltke replicó tranquilamente:

—El armisticio termina a las cuatro de la mañana. A esa hora en punto romperé los fuegos.

No había, pues, más que hablar. Los franceses pidieron sus caballos. El silencio era glacial, como dice un *reporter*. Aquél fue interrumpido por Bismarck que excitó a Wimpffen para que no fuese a romper la conferencia en un momento de despecho. Este le hizo notar que no le era posible asumir él solo la responsabilidad de una decisión, y que la respuesta definitiva no podría ser dada para las cuatro de la mañana, siendo indispensable prorrogar el armisticio.

Después de unas cortas palabras cruzadas en voz baja entre Bismarck y Moltke, éste último convino en que la tregua se prolongase hasta las nueve de esa misma mañana. En seguida Wimpffen montó y partió a carrera tomando el camino de Sedán.

Sin perder tiempo se dirigió al lecho donde se encontraba el Emperador quien, oyendo lo duro de los términos, dijo:

—Yo mismo iré a las cinco al cuartel general alemán y procuraré obtener condiciones más favorables.

Así lo hizo. Creyendo que podría volver a Sedán, no se despidió de nadie. Como salió por la puerta de Torcy, un poco antes de las seis, dos zuavos que estaban de guardia gritaron: ¡Viva el Emperador! Este fue el último adiós que de labios de soldados franceses había de herir sus oídos.

Es de notarse que la primera señal de deferencia que recibió cuando pasaba el puente levadizo fue un saludo silencioso y respetuoso de algunos oficiales americanos. El General Shéridan y su Ayudante de campo, el Coronel Forsyth, conversaban con algunos oficiales alemanes subalternos que hacían la guardia de avanzadas, cuando vieron venir hacia ellos un coche descubierto en el que iban cuatro oficiales, de los cuales uno de ellos con uniforme de General, que fumaba cigarrillo, fue reconocido como el Emperador. A paso moderado siguieron el coche hasta su llegada a Donchery. A poca distancia se detuvo el coche y allí permaneció fumando sin interrupción, sin hacer caso de las miradas mezcladas de extrañeza y respeto que le dirigían los soldados alemanes.

Alzando por la ventana de mi alcoba alcancé a ver en la plaza de Donchery un oficial francés en el cual reconocí al punto al General Reille que volvía a caballo del cuartel general de Bismarck. Apenas había aquél desaparecido, cuando se presentó Bismarck mismo en uniforme de media gala con grandes botas de coracero llenas de lodo y montó inmediatamente en un gordo caballo bayo, lanzándose sobre las huellas de Reille.

Lo seguí a pie, pero hube de quedarme muy atrás como era natural; mas pude ver que se dirigía por el camino de Sedán. Continué andando y a poco divisé, a una milla y media de Donchery, un coche descubierto de pobre apariencia; a la derecha, en el asiento principal, se hallaba un hombre impenetrable de cuyo semblante parecía que se había apoderado el espasmo. A la primera mirada reconocí al Emperador. Estaba vestido con un sobretodo azul con vueltas escarlata, echadas hacia atrás, que dejaban ver las numerosas condecoraciones de que estaba cubierto su pecho. Al lado de la carroza cabalgaba Bismarck y detrás de él venían Reille con otros dos oficiales franceses. A una señal de Napoleón se detuvo el coche frente a la casa de un tejedor, que se encontraba sobre el camino.

Una vez que hubieron entrado en el humilde edificio, el Emperador se paseaba inquieto unas veces, otras se sentaba en una silla, pero conversando incesantemente con Bismarck. Mientras pudimos verlos, observé que el

que más hablaba era Bismarck, y Napoleón se limitaba a sonreír haciendo ligeras observaciones. A poco se les unió Moltke, que partió casi inmediatamente, a caballo, a encontrar al Rey, quien se dirigía a Vendresse. Un poco más tarde Bismarck dejó a Napoleón para ir a vestirse y desayunarse. Cuando pasó por junto a Shéridan, en busca de su caballo, preguntó al General americano si había notado cómo se había inmutado el Emperador al encontrarse con ellos. Como Shéridan respondiese afirmativamente, Bismarck añadió:

—Eso sería probablemente a causa de mis maneras y no por mis palabras, pues yo lo saludé diciéndole: Saludo a Vuestra Majestad como saludaría a mi Rey.

Sin embargo, Shéridan me refirió después, que durante el tiempo que el coche estuvo detenido en el caserío vecino, Bismarck se apeó, y caminando a grandes pasos hacia el Emperador, no se quitó el casco; sólo se descubrió cuando encontró el coche en el camino.

Napoleón permaneció encerrado por espacio de una hora y media después de la partida de Bismarck. Luego mortalmente pálido, salió a dar un paseo en el reducido jardín de la casa. Estaba de guantes blancos y las manos cruzadas atrás, y fumaba incesantemente cigarrillo tras cigarrillo. Al rato volvió a sentarse entre los oficiales, en silencio absoluto, que hacía contraste con la ruidosa animación de éstos.

A las nueve y cuarto vimos llegar a Donchery un grupo de coraceros prusianos que se formó rápidamente en fila detrás del caserío. El jefe mandó a dos de ellos que echaran pie a tierra y sin darse por entendido de la presencia de los franceses, ni saludar, hizo que se colocaran sable en mano detrás de la silla del Emperador. Napoleón se levantó bruscamente y la sangre afluyó toda a su rostro. Esta fue la primera señal de emoción que pude notarle.

Serían las diez, poco más o menos, cuando Bismarck volvió de grande uniforme. Bajó del caballo y habló unas pocas palabras con el Emperador; en seguida mandó acercar el coche, en el que subió Napoleón, y el cortejo escoltado por la guardia de honor de los coraceros, se dirigió al castillo de Bellevue, situado un poco más cerca de Sedán. Esta bella residencia mira, por entre los árboles, la corriente del Mosa, muy ancho en este lugar. El Emperador entró en el salón y permaneció solo, después que Bismarck se hubo retirado. Nada se había preparado para la entrevista que el Emperador había solicitado del monarca alemán.

Después que el Emperador partió de Sedán, Wimpffen convocó un Consejo de Generales para enterarlos de las condiciones exigidas por Moltke. El Consejo se mostró dispuesto a aceptarlas; Wimpffen no insistió en la resistencia. Al fin se presentó un oficial que Moltke había enviado con objeto de notificarle que las hostilidades continuarían en el acto, si las negociaciones no eran aceptadas. En vista de esto, Wimpffen se dirigió con el oficial alemán al castillo de Bellevue donde fue firmada la capitulación por el desgraciado General francés como a las once de la mañana.

—Napoleón, dice Wimpffen, se acercó a mí con lágrimas en los ojos, me estrechó la mano y me abrazó. Cumplido mi triste y doloroso deber, me dirigí a Sedán con la muerte en el alma.

El Rey de Prusia había estado esperando en Frenois con su hijo y todo su Estado Mayor, que la capitulación se terminase. En seguida se dirigieron al castillo donde el Rey Guillermo se desmontó. Napoleón bajó a recibirlo. Entonces se vio un contraste extraño y doloroso. El

alemán, alto, recto, vigoroso, de anchas espaldas, con la alegría del triunfo en los azules ojos, que brillaban bajo su casco; el francés, con la espalda inclinada, el rostro pálido, los ojos lánguidos, los labios palpitantes y la cabeza en desorden. Se dieron un silencioso apretón de manos, llevando Napoleón en seguida el pañuelo a los ojos, lo que llenó de compasión a Guillermo. Su entrevista en el castillo duró veinte minutos. Después el Rey de Prusia montó a caballo para ir a saludar a sus tropas victoriosas y el Emperador quedó solo en el castillo de Bellevue para seguir al día siguiente como prisionero a Wilhelmshöhe.

El día del aniversario duodécimo de la gran batalla, volví yo a Sedán. En la ciudad como en el campo de batalla, apenas quedaba el recuerdo de tan memorable lucha. Los restos de los muertos habían sido exhumados y colocados en osarios, de los cuales el más grande era la vasta cripta donde reposaban los franceses y alemanes muertos en los desesperados combates librados al rededor de Bazeilles; ésta tenía en un lado las osamentas de los franceses, en el otro de los alemanes.

La única peregrinación que acostumbraba hacerse era a la casa de Mme. Fournaisse, viuda del tejedor en cuya casa se desmontó el Emperador y que habitaba aún. Todavía conservaba el recuerdo de ese terrible día de su vida y refería el suceso con grande animación y sentimiento.

—Serían como las siete de la mañana, decía la excelente mujer, cuando el Emperador, fastidiado de ver la multitud de soldados que cubrían el camino de Donchery, echó pie a tierra y subió rápidamente la escalera. Para llegar a su pieza, le era necesario atravesar mi cuarto que yo acababa de dejar. El mobiliario consistía únicamente en dos sillas, una mesa redonda y un escaparate. Bismarck, descuidadamente vestido, se acercó al Emperador y estuvo conversando largo tiempo con él en voz baja. En la pieza vecina pude oír algunas de sus palabras. De repente Bismarck se levantó y salió. Le advertí que tuviese cuidado en la escalera, pero él bajó de un sólo salto y montó a caballo, tomando inmediatamente el camino de Donchery.

Cuando Mme. Fournaisse volvió a entrar al cuarto del Emperador, lo halló sentado cerca de la mesita y con la cabeza oculta entre las manos.

—¿En qué puedo servir a Vuestra Majestad? le pregunté conmovida por su sufrimiento.

—Cierre usted las celosías, contestó el Emperador, sin levantar la cabeza. Ni siquiera quiso ver al General Lebrun que deseaba hablar con él.

Cerca de una hora después, Bismarck volvió de grande uniforme, y tras cortas palabras, salió con el Emperador. Ya en la puerta, le dio a Mme. Fournaisse cuatro luises de oro, diciéndole con voz entrecortada por las lágrimas.

—Vuestra hospitalidad es tal vez la última que reciba en Francia.

—Después, agrega la señora, me dio amablemente un adiós que no olvidaré jamás, abandonó la pobre casa y subió al coche que había de conducirle al castillo de Bellevue.

Por buen corazón que tuviese Mme. Fournaisse, como mujer de negocios, siempre procuraba sacar algún provecho de las circunstancias. Al Príncipe de Bismarck vendió la mesa cerca de la cual se había éste sentado con el Emperador, y las dos sillas a sir Beauchamps Walker, adjunto militar inglés y al General Sheridan. Durante muchos años continuó sacando buenos beneficios exhibiendo la pieza donde

tuvieron lugar las conferencias. —¿Y los cuatro luises? le pregunté, creyendo que también los habiese vendido.

—Imposible venderlos: me los dio con su propia mano. Hubiera podido ver derlos desde hace mucho tiempo; me han ofrecido quinientos francos; pero ninguna oferta podrá hacerme vender.

En el otoño de 1892 quise volver una vez más a Sedán. Volví de visitar el triste y gracioso monumento que Francia ha levantado a la memoria de sus muertos y quise detenerme un momento en la histórica casita. La puerta estaba cerrada y la

llave muy lejos, en la casa del propietario.

¿Qué había sido de Mme. Fournaisse? En una casita vecina encontré a una anciana, la cual me refirió que hacia ya algunos años había muerto y que reposaba en el cementerio de Donchery.

Los cuatro luises, objeto de su cariño, fueron empleados en pagar los funerales de la pobre mujer que había dado al desgraciado Emperador "la última hospitalidad que recibiera en Francia."

ARCHIBALD FORBES.

(Traducido de la *Revue des Revues*).

## Voz de aplauso y de aliento

Damos publicidad al artículo inédito "Voz de aplauso y de aliento" de que es autor don Guillermo Andreve, el cual debió salir en el número de despedida de nuestro colega *El Setenta*, y que por causas ajenas a la buena voluntad de los jóvenes redactores no pudo ver la luz pública.

Cumplimos hoy con el deber de no dejar que el polvo del olvido cubra los nobles conceptos y consejos que ese gran caudillo dedica a los victoriosos soldados del periodismo que militaron bajo el estandarte del patriotismo bien entendido y apreciado, llevando como baluarte el simpático semanario que pasó a la historia de nuestra política nacional con marcado timbre de orgullo.

*El Setenta* ha realizado con ardor juvenil y patriótico una labor política admirable. El grupo de jóvenes que componen su cuerpo de Redacción (1) ha hecho sus primeras armas combatiendo a la sombra de una bandera muy simpática: la de la defensa nacional. Porque el propósito de alcanzar que gente nacida fuera del país, especialmente en Colombia, pudiera ejercer el Poder Ejecutivo, era peligroso para la República. Por eso quizás ese grupo de jóvenes, al combatirlo, escogió como lema para *El Setenta* unas palabras más que sintetizaban un programa político en la última campaña y eran una apelación al sentimiento patrio, que halló eco en la juventud: "Panamá para los panameños, será nuestro grito de guerra y será también nuestro canto de victoria." Así ha resultado, en efecto, y es de esperarse que en adelante no habrá quien intente reformar el artículo setenta de nuestra Carta Fundamental.

Virtualmente, la labor de *El Setenta* está concluida. Llenó su misión con nobleza, con entusiasmo y con valor. Pueden, pues, sus redactores dar reposo a la pluma que tanto y tan acertadamente movieron en la lucha, y descansar por ahora con la satisfacción de haber obrado bien y de haber vencido. Descansar, sí, pero no dormir. Las campañas del porvenir los llamarán de nuevo a la lucha con más ardor y más constancia y deben estar listos para responder a la llamada y ocupar de nuevo puesto en las filas del periodismo político, que defienda los ideales y aspiraciones nacionales de que es Apóstol el doctor Belisario Porras.

Panamá, 12 de Octubre de 1918.

GMO. ANDREVE,

(1) Cuerpo de Redacción: El mundo Molino, Juan A. Susto, Abelardo Pérez J. y Ernesto J. Nicolau

## NOTAS

TEMPERANDO en la vecina isla de Taboga se encuentran don Guillermo Andreve y su apreciable señora esposa y niña.

Les deseamos a todos los viajeros felicidades.

A LA protesta formal de la Asamblea Nacional contra las expresiones ofensivas para Panamá emitidas recientemente por el General Blatchford, ha venido a juntarse la protesta de la Asociación del Comercio de Panamá concebida en términos a la vez dignos y enérgicos.

Mucho le honran al país estas protestas pues ello prueba que el valor civil existe entre nosotros y que tenemos conciencia del derecho que poseemos al respeto y la estimación de las naciones con quienes tratamos.

El penoso incidente motivado por las palabras imprudentes del General Blatchford no debe desde luego influir en absoluto en los sentimientos de amistad sincera y estimación que existen en nuestro país con respecto al pueblo americano, pues las citadas palabras tan sólo expresan una opinión individual de carácter absolutamente personal.

No ha dejado de llamar la atención el hecho de que la prensa de la capital, sobre todo, los periódicos principales, hayan guardado silencio respecto de la indignación que han causado las pala-

bras del General Blatchford acerca de Panamá.

En ocasiones semejantes es cuando debe manifestarse el sentimiento patriótico que debe animar los órganos de la prensa. Una ofensa inferida al país debe ser resentida por todos los panameños sin distinción de partidos políticos o clases sociales y en el caso presente, el deber de la Prensa quedaba de antemano indicado y la primera protesta ha debido venir del Decano de los periódicos capitolinos.

En todo caso no es de más advertir que si nuestros periodistas nacionales o mejor dicho si los dueños y directores de periódicos, no tienen el valor suficiente para emitir vigorosa protesta en casos semejantes, de ningún modo deben dar cabida en sus columnas a exteriorizaciones que sean lesivas para el honor del país, sea cual fuere su origen.

La solidaridad y la firmeza se imponen en tales casos.

ESPERAMOS que el General de la Guardia dé alcance retroactivo a su dilema *Lealtad o dimisión*. Las oficinas de Hacienda están llenas de quienes ni han guardado el primer término del dilema ni han sido capaces, ni lo son de cumplir el segundo.

El doctor Alfaro bueno fuera que tomara el consejo también, por ser Gobierno y Justicia, rano y más tímido y tupidio, quedan algunos reformistas *desperdidos*.